

A close-up portrait of André Coyné, an elderly man with glasses, looking slightly to the left. The background is a warm, reddish-brown color. The title text is overlaid on the right side of the image.

César Vallejo en su lado oculto (I)

André Coyné es uno de los mayores estudiosos de la poesía y vida de César Vallejo y César Moro. Gracias a la cercanía privilegiada a Georgette Philipard, la viuda del vate de Santiago de Chuco, de quien fue confidente y amigo, el especialista galo puede reconstruir pasajes inéditos y sorprendentes de nuestro mayor poeta. Y como buen anticonformista, Coyné no se calla nada. → por Enrique Sánchez Hernani

ENTREVISTA

El año pasado cumplió ochenta años, pero al descender por la escalinata que da a la sala donde estuvo alojado mientras duró su estancia en Lima, su aura se apodera inmediatamente de todo el lugar. Este testigo privilegiado de varios de los periodos más fecundos de la literatura y arte europeos continúa siendo el iconoclasta de toda la vida. Frágil, delgado, pero con la memoria vivaz y fidedigna, André Coyné es un hombre lúcido. Se sienta con presteza en un sillón y en perfecto castellano relata sorprendentes confesiones acerca del vate de Santiago de Chuco. Como amigo de Georgette de Vallejo, él puede dar fe de los secretos de la vida de nuestro César Vallejo, lejos de las entelequias y más próximo al hombre de carne y hueso que vivió en París con los húmeros puestos a la mala.

Hay personas que, a partir de la poesía o las cartas de Vallejo, creen que el poeta era taciturno, acongojado. ¿Vallejo era así?

—Yo conocí a Georgette de Vallejo y nunca me dijo que su marido fue una persona taciturna. Él se reunía mucho en París con sus amigos y hasta hacía bromas un poco pesadas. Las hacía cuando empezó a vivir con Georgette, cuya madre era una *cocotte*, que es toda una institución de principios de siglo pasado; eran esas señoras que tenían alguien que las mantuviera durante años. Ella tenían una casa como la describe la gran novelista francesa Sidonie Gabrielle Colette; tenía dos cuadros de un pintor contemporáneo junto a dos jarrones chinos de la dinastía Ming, cosas que no tienen que ver una con la otra, típico de las *cocotte*.

¿Cómo llega Vallejo a Georgette?

—Ellas vivían en una calle que da a los Campos Eliseos y Georgette, desde que tenía quince años, miraba a los extranjeros que le hacían grandes gestos, a los que no están acostumbrados los franceses. Por eso la madre le prohibió a su hija hablar con los *métèque* (extranjeros, en sentido xenofóbico. N. del E.) del hotel de enfrente. Georgette creía que eran mudos. Pero un día, el principal de los mudos, que era Vallejo, abrió la ventana y le dijo "Bonjour, madeimosille". Ella entonces gritó: "Madre, el mudo de enfrente no es mudo, acaba de hablar" (risas). Cuando la madre murió, Vallejo pasó a vivir con Georgette en la casa materna. De allí, con el dinero de la madre, hicieron un gran viaje europeo,

que comenzó por Leningrado.

En ese periodo hay unas cartas de Vallejo fechadas en Niza, un balneario para personas acomodadas. ¿Todo eso lo pagó Georgette?

—Todo, evidentemente, con la herencia de su madre.

Porque Vallejo no trabajaba en París, ¿verdad?

—Bueno, mandaba crónicas a *Varietades* y *El Comercio*. Por eso recibía dinero.

“Yo conocí a Georgette de Vallejo y nunca me dijo que su marido fue una persona taciturna. Él se reunía mucho en París con sus amigos y hasta hacía bromas un poco pesadas.”

Se lo pregunto porque hay personas que creen que Vallejo se aproximó a Georgette no solo por una atracción sino pensando en su comodidad económica.

—Claro que fue una comodidad para Vallejo. Si no, no hubiese hecho ese viaje tan grande, porque conocieron toda Europa. Se fueron por Leningrado y volvieron por Roma, Firenze, Niza y de allí a París. Eso debe de haber costado bastante.

Se dice que Vallejo, cuando cobraba por sus crónicas se iba a buscar a su amigo Alfonso De Silva para irse de copas. ¿Es cierto?

—Sí, sí. Hay también la historia de que Vallejo fue a la casa de Georgette en un momento en el cual esta no estaba, para sacar los jarrones chinos y empeñarlos en el Monte de Piedad. Pero Vallejo con sus amigos se emborracharon antes y los perdieron en el metro, para furor de Georgette.

¿Qué sabe usted de la vida que tenía Vallejo antes de Georgette?

—Antes de conocer a Georgette, Vallejo vivía con una chica de nombre Oriette, que no era nada intelectual ni tenía la instrucción de la primera

Cuando Vallejo pasó a vivir a casa de Georgette, Oriette se enojó muchísimo. Entonces Georgette le pagó un dinero para que desapareciese. Es decir, se compró a Vallejo. Y desapareció la chica.

Las penurias de Vallejo seguro eran muchas, con lo poco que ganaba por escribir para Lima...

—Sí, pero tenía el dinero de la madre de Georgette. Calcule usted solo por ese viaje.

¿Cuánto les duró ese tipo de vida, derrochando el dinero de la madre de Georgette?

—Les dura hasta 1930 o 1931 cuando tienen que pasar a España. Luego Georgette volvió primero a París, después de acompañar a Vallejo en Madrid, para vender el departamento de la madre. Y a partir de allí empezaron a vivir en hoteles.

Se cuenta también que Georgette era dominante y Vallejo un avasallado. ¿Es eso cierto?

—En cierta forma, eso dicen los amigos. Los amigos siempre querían hacer juergas con Vallejo. Por eso no les gustaba mucho Georgette, que era de un temperamento más fuerte que el de Oriette. Los amigos preferían a esta última. Esto fue utilizado por Ernesto More en su anecdotario. Con él se iba Vallejo de juerga.

¿La prisión en el Perú no modificó el carácter de Vallejo?

—Sin la cárcel a lo mejor jamás hubiéramos tenido *Trilce*, porque es allí donde empezó a escribirlo. No hay nada más triste que la cárcel.

¿Por esa época Vallejo ya estaba vinculado al Partido Comunista?

—Sí, es por eso que le dieron en Francia orden de salir del país. Cuando pudo volver a París, el gobierno se lo permitió siempre que no participara en actividades políticas, lo que no le impidió que sí participase en ellas.

¿Era Vallejo un gran activista del Partido Comunista?

—Sí, por eso fue forzado a salir. Cuando regresó tenía que presentarse cada semana en la comisaría del barrio donde vivía. Pero eso nunca le impidió participar en sus manifestaciones. Con el estallido de la Guerra

Civil en España había más libertad para manifestarse, porque Francia no tomó partido por el gobierno español legítimo, pues respetó la regla de no intervención. Por eso no perseguía a los manifestantes.

Cuando Vallejo pasa a España, ¿su actividad política continúa?

—Sí. En España escribe *Rusia en 1931*. También escribe *El tungsteno*. Para escribirla más rápido se sirvió de un texto anterior que había publicado en *Amauta*.

Algunos creen que Vallejo solo fue un pensador socialista, pero usted me dice que fue activista...

—Por supuesto. Además, desde España, hizo un tercer viaje a la Unión Soviética. En 15 días le mostraron los grandes logros del régimen, pero no la miseria que se vivía en el país.

¿Vallejo discrepó con el surrealismo solo por razones políticas?

—Políticas. Su poesía no tiene nada que ver con el surrealismo.

Ah, también fue por una diferencia de concepción poética...

—Poética y política, porque los surrealistas fueron los primeros marxistas en repudiar los crímenes de Stalin y adherirse a Trotsky.

¿Cómo fue la vida de Vallejo en los tiempos anteriores a su muerte?

—Vallejo continuaba escribiendo poemas, pero no los mostraba ni a Larrea, con el cual conservaba ya muy pocos lazos. Los escribía parece en un café cercano del cementerio donde ahora él está enterrado. Los dejaba en casa de un amigo. Este amigo (no se sabe quién) es quien le entrega a Georgette el fardo luego de la muerte del poeta. El día del entierro, a pesar de que se odiaban, Larrea se vio obligado a acompañar a Georgette.

En el Perú, cada cierto tiempo se reclama repatriar los restos de Vallejo. ¿Qué le parece?

—Al contrario, hay que reintegrar a Georgette a París, porque en la tumba perpetua de la madre de Georgette hay tres lugares, uno ocupado por la madre, otro por Vallejo y lo natural sería que se repatriase a Georgette a la tercera tumba. Aprovecho esta entrevista para hacer esta petición. ■

Tres tristes sesentones

El autor de esta crónica nos invita a conocer a tres grandes personajes de ficción que traspone el umbral que los separa del ocaso de sus vidas. → por **Abelardo Sánchez León**

Por pura coincidencia he leído en los últimos tiempos tres novelas cuyos personajes centrales tienen 60 años. Es una edad bisagra, que supone el final de una gran etapa, la adultez, para ingresar en aquel llano árido que es la vejez. Se trata de momentos extensos, incluyendo el último, si consideramos que las personas pueden vivir veinte o cincuenta años más.

Las novelas son *Animal moribundo* (2001), de Philip Roth; *Brooklyn follies* (2006), de Paul Auster; y *Hombre lento* (2005), de J.M. Coetzee. Son tres novelistas de raíz anglosajona, los dos primeros estadounidenses y el tercero sudafricano (un afrikáneer renegado, más bien, pero de formación inglesa). El escritor anglosajón no tiene reparos en mirarle a los ojos a la realidad, por más descarnada que ella sea. No se refugia en el mundo vaporoso de los sueños, de la intimidad

del yo y aborda sin maquillaje la nave del deterioro del cuerpo. Acostumbra colocar, eso sí, a sus personajes en situaciones donde la vida muestra aún sus frutos más esplendorosos: mujeres en la plenitud de la edad, retos intelectuales, proyectos vigentes. Es una etapa angustiosa, no necesariamente sabia, si por "sabía" se entiende el final de las pasiones de la carne.

La postura de David Kepesh, el personaje de *Animal moribundo*, es la más desesperada, a pesar de la frialdad de su carácter y de su sólida convicción intelectual: Kepesh, el viejo profesor universitario, dado a las explicaciones, al pensamiento en profundidad y a la argumentación didáctica, opta sin cortapisas por una de las tres posibilidades que tenemos los hombres (y las mujeres, por cierto) de vivir esta vida: el matrimonio, la soledad o, como es su caso, la

convivencia intermitente con diversas personas del otro sexo.

La postura intelectual de Philip Roth es bastante marginal, e incluso parece que tomara conciencia de que rema contra el sentir de las grandes mayorías. Hace poco, cuando me cambiaba en el vestuario del Regatas, compartí una conversación informal con cuatro personas mayores de 60 años, los cuatro tenían muchos más, y llegaban natural y unánimemente a la conclusión de que la felicidad (o los breves momentos de felicidad, como precisó uno de ellos) está en la familia, en la esposa, los hijos y los nietos. Philip Roth se encuentra en la orilla opuesta de este sentir: su personaje considera "hombres mutilados" a todos aquellos varones que han perdido su libertad al decidir vivir en "la jaula". Los miré, es cierto, con cierta ternura, porque consideré que su posición era una manera de evitar la experiencia de la vida sin protección, sin convenciones establecidas. El matrimonio, aún sin la coraza de la familia, doméstica. En alguna medida, es una "jaula" como lo considera Philip Roth, pero la gran mayoría se acostumbra a sus predios y se queja, cuando lo hace, entre dientes.

La vigorosa personalidad de Philip Roth explica que su personaje sea el único de los tres que no sufre enferme-

dades. (Ya en *Patrimonio* —aquel durísimo testimonio— explora al dedillo la decadencia física, honesta y digna de su padre). Nathan Glass, por ejemplo, el personaje de Paul Auster, descubre que tiene cáncer y regresa a Brooklyn como si fuese un buen lugar para morir. "Un sitio tranquilo para morir", perdón, como lo indica en la primera línea de *Brooklyn follies*. Nathan Glass no había vuelto en 56 años y no recordaba absolutamente nada de aquel barrio. La novela de Auster, sin embargo, quizá porque está narrada desde el momento en que su personaje hace suya la noticia de su enfermedad, tiene un hálito esperanzador, ya que cada día que viva será uno de los pocos que le queden. Nathan Glass decide vivir intensamente ese periodo milagroso.

Paul Rayment, el fotógrafo profesional de la novela *Hombre lento*, en cambio, tiene un accidente de bicicleta en el primer párrafo de la novela —los anglosajones, no lo olvidemos, no se entran con demoras narrativas— y vuela por los aires cuando lo embiste un auto conducido por un joven, cae al asfalto y le deben amputar una de sus piernas. Ha quedado mutilado físicamente. Depende de una enfermera, porque al igual que los personajes de Roth y Auster, el de Coetzee es un hombre solo. Los tres son divorcia-